

## Los influjos

Eugenia Pérez Tomas  
Escuela Metropolitana de Arte Dramático  
eperezthomas@gmail.com

**Resumen:** En este ensayo traigo del recuerdo algunas influencias literarias en mi dramaturgia: las de Clarice Lispector y Mary Shelley. A partir de esas lecturas, recupero ciertos rasgos que definen mi escritura.

**Palabras clave:** Escritura– Influencias– Incomodidad– Intimidad.

**Resumo:** Neste ensaio, são analisadas algumas influências literárias da dramaturgia de Eugenia Pérez Tomas: as de Clarice Lispector e Mary Shelley. A partir dessas leituras, a autora recupera certos recursos que definem sua escrita.

**Abstract:** In this essay, I bring back the literary influences of Clarice Lispector and Mary Shelley in my dramaturgy. From these readings, I recover certain features that define my writing.

**Palavras-chave:** Escrita- Influências- Esconforto - Intimidade

**Key-words:** Writing – Influences – Sensory – Discomfort – Intimacy



No puedo expresar la alegría que sentí cuando comprendí las ideas correspondientes a estos sonidos. Y pude pronunciarlos. Distinguía otras palabras, que ni entendía ni podía emplear, tales como bueno, querido, triste. (Mary Shelley, *Frankenstein*.)

Cierro la página de *Frankenstein* y me detengo sobre los tres libros que apoyé en la mesa, ya viejitos, con tapas apretadas que alguna vez mis manos estrujaron; esa evidencia es por lo cual hoy elijo nombrar estos libros, porque reúnen una serie de experiencias que conmocionaron mi lectura y mi forma de entender la literatura, por eso también el mundo. Elijo de Lispector algún libro de sus crónicas, porque fue lo primero que leí de ella; Ella que si me ayudo de las mayúsculas para decir: Ella, es la puerta a un estado de conmoción de la escritura y me obliga a leer tiritando. Las marcas en ese libro parecen epilépticas, dando a entender que quien dio ese trazo sufría algún tipo de erupción en el cuerpo mientras lo hacía, mientras lo leía y mientras generaba ese trazo, trazo que terminó por ser un tatuaje imborrable y que llevo a veces con ganas, con la ilusión de una influencia y otras, como a un primer tatuaje de la adolescencia, una marca muy propia que ya me resulta ajena pero igual no puedo dejar atrás. Las crónicas de Lispector poco tienen de trama y eso me interesó alguna vez: la forma de la escritura que podía sostener y generar inquietud sin la necesidad de una intriga, sin la necesidad de una promesa; en cambio, y con la virtud de los modos del lenguaje de Lispector, la posibilidad narrativa con vía directa a lo sensorial, al intelecto de mi cuerpo. Eso, para mí, es lejos de una falta de estrategia o recurso literario, la decisión de un recorte. La decisión de una fisura. Sé que en ese germen de hendidura está lo que me interpeló y lo que se quedó muy en mí, como para confundirse entre mis modos. Reconozco y eso es que puedo identificar que, cuando escribo, de alguna manera también me estoy organizando por fuera de la intriga que no encontré en Lispector, a un costado de lo que no me prometió esa autora. La experiencia de lectura, como en el teatro, es un acontecimiento y nos pone frente a una batalla donde los fantasmas y el vacío quedan del mismo lado y a favor del lenguaje. Hoy, creo que escribo con la voz que tracciona esas fisuras y que leí alguna vez en Lispector; o mejor aún, hoy creo que escribo con el intento de que mi cuerpo acceda a ese estado de conmoción al que accedió en la lectura, para escribir como leyendo la escritura de Lispector y que me llevé desde entonces como a un dije. En este viaje de observación sobre la influencia, pienso que a través de la propuesta que nace de la lectura de Lispector reorganicé la semántica de mi escritura, porque es la invitación a una lectura que imagina con todo el cuerpo lo que configurará, al fin, un relato.

Ahora me voy a distraer. Voy a poner una canción en *YouTube*, una de David Bowie, ya sé, *The Heart's Filthy Lessons*. Mientras el videoclip repleto de detalles góticos avanza, agarro *Frankenstein* de Mary Shelley otra vez; está más viejito que el de Lispector, es un libro que no compré nuevo, ya venía así, muy viejito, y si no me falla el recuerdo, es un libro que me robé. Lo empecé a leer en una casa en el Tigre y como no pude terminarlo a tiempo tampoco aguanté dejarlo sin leer y lo llevé conmigo. Tal vez este sea otro, sí, mejor. Es uno que me prestaron, el de la colección Libro Amigo de Bruguera. En la tapa, está la cara del ac-

tor de la primera versión cinematográfica, Boris Karloff, con expresión entre lobotomizada y melancólica; creo que el trasfondo que suena un poco a pop lo levanta. Antes de que termine la canción y se termine la banda sonora de mis influjos, quisiera despejar lo que rodea al ejemplar amigo: diamante fundamental que se hilvana al collar (que ya tiene colgando el dije de Lispector). Cuando leí a Mary Shelley me quedé pegada a la forma de la novela en cartas y diario, descubrí una inyecta de ficción a sangre en un género que yo solo había permitido para mi ámbito privado, familiar. Es la construcción de una voz monstruosa que cuenta su historia lo que me destapó la cabeza con alegría: escribir, siguiendo la voz que tracciona a lugares delicados, siguiendo la voz que tracciona a lugares más tupidos, lugares que me dan temor, y seguir a la voz que tracciona aun si desde un punto de vista físico resultara imposible. Escribir y escuchar, escribir y leer para conceder a la imaginación la oportunidad de trazar nuevas líneas, dibujos, bocetos y así sucumbir al amoroso intento de comprender pasiones.

Por último, sumaría a este recorrido el tercer libro que apoyé sobre la mesa, pero podría también multiplicar con el resto de los libros que se pierden en la casa y terminar con la evidencia entre las manos: pienso la escritura como un monstruo, creación de un cuerpo textual hecho con partes de otros. Es un monstruo, la escritura.

## Bibliografía

Shelley, Mary. (2013). *Frankenstein o el moderno Prometeo*. Madrid: Valdemar [1818].

